

necesí a ser un Don Quijote de buena ley, genuíno. Washington, que no lo era, aceptaba por eso las modestas dávidas de su país.

La idea de la Justicia o la justicia misma era muy semejante en uno y otro Caballero.

En mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, cap. XXII, he escrito:

«Don Quijote castigaba, es cierto; pero castigaba como castigan Dios y la Naturaleza, inmediatamente, cual en naturalísima consecuencia del pecado.»

Así Bolívar. Fusiló a propios y a extraños, pero jamás con ensañamiento. Su justicia, como la de Don Quijote, era rápida y ejecutiva. Boves lo derrota en La Puerta, y hace una carnicería de las suyas: Bolívar fusila inmediatamente ochocientos prisioneros; Piar, su teniente, se insubordina, huye del ejército y trastorna el orden, en momentos angustiosos: Bolívar lo hace aprehender, juzgar y fusilar. Lo propio hizo con Berindoaga, ministro de guerra y traidor, en Perú. Lo mismo con Vanoni, el único de los realistas vencidos, a quien fusiló en el campo de Boyacá, en 1819, porque siendo oficial suyo lo había traicionado en 1812, haciéndole perder el castillo de Puerto Cabello. «La justicia sola es la que conserva la República», decía. (*Cartas del Libertador*: O'Leary, vol. XXX).

Conviene leer, en la edición comentada que de las *Cartas de Bolívar* (1799-1822) ha hecho Rufino Blanco Fombona lo que dice éste de la guerra a muerte decretada por Bolívar en 1813. No es la crueldad fría de los corazones felinamente tiernos, débiles; es el rugido de desesperación y dolor de los corazones generosos pero recios.

El mismo Blanco-Fombona ha escrito que los reveses hacían temible a Bolívar, y que con el éxito se hacía magnánimo. Así es la verdad.

Recuérdese aquella noble respuesta de Bolívar al general Salom que sitiaba El Callao, donde se defendía heroicamente el heroico general español Rodil, aquel mismo Rodil que fué luego, en España, presidente del Consejo de ministros y uno de los pacificadores de las Vascongadas. Salom, desesperado con la resistencia, amenazaba, en carta a Bolívar, a los defensores del Callao. El Libertador le responde: «El heroísmo no es digno de castigo. ¡Cuánto aplaudiríamos a Rodil si fuera patriota! La generosidad sienta muy bien al vencedor, general.» (O'Leary, vol. XXX).

Apedreado y robado por Ginés de Pasamonte y demás galeotes a quienes libertara en Sierra Morena, Don Quijote, algo pesaroso, dijo: «el hacer bien a villanos es echar agua en el mar.»

Algo semejante ocurrió a Bolívar y consideración semejante hizo. Insultado, calumniado, atropellado, proscrito por aquellos mismos pueblos que libertara, exclamó: «he arado en el mar.» Sólo que uno y otro idealista, el manchego y el caraqueño, reinciden en su fe quijotesca a pesar de las tristes realidades.

Un hombre así suele culminar en su religión. ¿Cuál fué la de Bolívar? He aquí el problema más oscuro de su vida. Su religión fué su obra, fué su quijotismo.

Hijo del siglo XVIII, pensó en religión como entonces se pensaba en ella; pero ¿cómo la sintió? En el *Diario de Bucaramanga* se nos dice que Voltaire era el autor favorito del Libertador y se nos exponen las ideas filosóficas, o pseudofilosóficas de él respecto a religión, unas ideas, a base condillaciana, de una desesperante superficialidad. Y como buen vol-

teriano, distinguía entre el hombre y el ciudadano. Él, en cuanto ciudadano, y para dar el ejemplo, iba a misa, pero llevando para leer en ella un tomo de la Biblioteca americana, sin persignarse, y sólo por ciudadanía al modo pagano. «Soy filósofo para mí solo o para unos pocos amigos y sacerdote para el vulgo»—decía con la única pedantería que he encontrado en él y es cuando de religión hablaba. Porque su volterianismo era pedantería. Mas no se le iría, sin él saberlo, el alma toda religiosa en aquella frase con que termina su proclamada desde el Cuartel general de Bogotá, a 8 de Marzo de 1820, 10.º de la Independencia, y donde dice: «¡Viva el Dios de Colombia!» Por ahí, por el Dios de la patria, habría hallado su religión. Porque Dios no es dios de individuos, lo es de pueblos; el Dios de las batallas es Dios de patrias.

El cristianismo que se gastaba a fines del siglo XVIII y principios del XIX, cristianismo muy imbuído en racionalismo enciclopédico y no menos frío y seco que éste, no podía satisfacer a un alma como la de Bolívar. Y además para el Libertador la acción fué pensamiento.

Ni Bolívar, como los incrédulos faltos de imaginación y sobrados de petulancia pedantesca, cayó en cientificismo. Se burlaba no sólo del doctor Moor, sino de la ciencia médica. Don Simón Rodríguez, que «sólo amaba las ciencias», no logró contagiarse; no lo logró aquel su pedagogo, que en un gabinete de física y química de un alemán se ocupaba en estudios y que hablaba, en alemán, con su amigo tudesco mientras Bolívar, el pupilo, yacía enfermo en cama. Don Simón Rodríguez quiere convencer a Bolívar de que en la vida hay otra cosa que el amor—el héroe había enviudado ya—, que podía ser muy feliz entregándose a las ciencias o a la ambición. «¡Ah, Rodríguez, prefiero morir!»—exclama Bolívar. (*Cartas*, pág. 42). ¡Tenía veintiún años!

Luego se entregó a la ambición, a la más noble, el amor a Dulcinea, no a la ciencia, y por no haberse dedicado exclusivamente al estudio profesó sobre religión las doctrinas entonces corrientes entre los de su clase y su educación. Mas no nos importa cómo pensó la religión, sino cómo la sintió, cómo sintió la religión quijotesca del Dios de Colombia.

Bolívar, hombre de ideas y de ideales, tuvo conciencia clara de su alta misión quijotesca, de su función de libertador. Amenudo lo demostró. En solemne ocasión—creo que intentaba expediciones, en son de liberación, contra las Filipinas—dijo, más o menos: «Mi deber es sacar siempre la espada por la justicia y luchar donde haya pueblos esclavos que defender». Otra vez, en ocasión más solemne aún—porque fué en el trance de la muerte—, una de sus últimas y desconsoladas frases fué la siguiente, ya citada: «Los tres más grandes majaderos de la Historia hemos sido Jesucristo, Don Quijote... y yo». Se ponía entre los redentores.

Tal fué el Hombre de la América Española.

De sus visiones proféticas, de lo que hizo por la apertura del Canal de Panamá, por el Arbitraje Internacional, por el Derecho Público Americano; de lo que dijo sobre el porvenir de los pueblos del Nuevo Mundo y sobre su democracia, nada comentaré aquí. Eso per-

tenece a otro campo que el que aquí me he acotado.

Baste sólo decir que algunos de aquellos pueblos que empezó a forjar Bolívar, algunas de aquellas patrias que surgieron al golpe de su espada y al conjuro de su voz inflamada aún andan buscando alma, aún buscan aquellos bienes que ni al precio de la independencia deben ser vendidos. Y para esos pueblos aprendices indóciles de libertad, aun las palabras del Libertador son una enseñanza, son palabras libertadoras. Y pueden serlo para nosotros, los españoles. Nuestros más generosos héroes de la libertad, los que lucharon por ella desde Cádiz y luego bajo el horrendo reinado del abyecto Fernando VII, aquellos héroes no superados por los liberales españoles de tiempos más próximos al nuestro, por liberales de engaño, aquellos nobilísimos doceañistas y sus inmediatos sucesores convivieron con Bolívar y con él se hicieron. ¿No os parece el mismo Bolívar un héroe doceañista, el verdadero héroe del doceañismo? ¡A él, al Libertador de la América española del Sur, debe mucho, muchísimo el liberalismo español. Y no me cabe duda de que nuestros buenos liberales, los de los tiempos en que nacía la España nueva, que tanto tarda en levantarse de la cuna y dejar las mantillas, no me cabe duda de que aquellos españoles rendían culto, bien que secreto, al Libertador. Los diplomáticos extranjeros en Madrid transmitían a sus Gobiernos conversaciones con personajes de la época que patentizan la admiración que inspiraba Bolívar, como Napoleón, hasta a sus enemigos.

Entre las cartas más lisonjeras que se dirigieron a Bolívar, lisonjeras por venir sobre todo de sus adversarios los más altivos, cuéntase las del general La Torre, las del general Morillo y de otros militares españoles que pelearon contra él aquella formidable guerra de América, tan mal estudiada en España. El general Canterac, a quien un motín militar asesinó cerca de la Puerta del Sol, el 18 de Enero de 1835, siendo capitán general de Madrid; el general Canterac, derrotado por Bolívar en la batalla de Junin, y luego, junto con La Serna, en Ayacucho, escribió al Libertador, en nombre de los generales españoles, la siguiente carta:

«Huamanga, 12 de Diciembre de 1824. Excelentísimo señor Libertador, general don Simón Bolívar.

Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a vuestra excelencia por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo, tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle en nombre de los generales españoles, éste su afectísimo y obsecuente servidor, q. b. s. m., José de Canterac».

Y gracias a Dios que hemos llegado a tiempos en que un español, sin renegar de su españolidad, sino más bien afirmándola más aún, puede rendir culto, y culto patriótico, de la gran patria, lo mismo que a ese colosal Bolívar, a un Martí, a un Rizal.

Mi intención ha sido demostrar, en rápida fulguración, con frases del mismo Bolívar, al Hombre español, al Quijote de la América hispana libertada, a uno de los más grandes héroes en que ha encarnado el alma inmortal de la Hispania máxima, miembro espiritual sin el que la Humanidad quedaría incompleta.

Miguel de Unamuno

Salamanca, XII-14.